

y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fué Couanacochein. Podrá ser que á muchos no placirá la lectura de este viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.

#### Las alegrías que hicieron en Méjico por Cortés

Luego que Cortés llegó á Medellín, despachó mensajeros á todos los pueblos, y á Méjico principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego á verle cargados de gallipavos, frutas y cacao, que comiese, y le traían plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si quería matar los que le habían enojado. Él les agradecía los presentes y amor, y les decía que no había de matar á nadie, porque el Emperador los castigaría. Estuvo en Medellín once ó doce días, y tardó á llegar á Méjico quince. En Cempoallán le recibieron muy bien. Á do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo más, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de más de ochenta leguas lejos, con presentes, ofrecimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores: tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habían hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fué una jornada á recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recibido. Entró en Méjico con el mayor regocijo y alegría que podía ser, porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera

Motezuma, salieron á verle. No cabían por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes; tenían atabales, bocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel día ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras é iluminarias. Cortés no cabía de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacían, y el sosiego y paz de la ciudad. Fué derecho á San Francisco á posar y á dar gracias á Dios, que de tantos trabajos y peligros lo había traído á tanto descanso y seguridad.

#### De cómo envió el Emperador á tomar residencia á Cortés

Era Cortés el más nombrado entonces de nuestra nación; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narváez, que andaba en corte acusándole; y como había mucho que no tenían los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creían, cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de Méjico al almirante don Diego Colón, que pleiteaba con el Rey, y pretendía aquel gobierno y otros muchos, con que llevase ó enviase mil hombres á su costa para prender á Cortés. Proveyeron asimismo por gobernador de Pánuco á Nuño de Guzmán, y de Honduras á Simón de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho á esto Juan de Ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martín Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los daba, decía mil males de su amo, y era muy creído. Mas comió una noche un torrezno en Cadahalso, y murió de ello andando en aquellos tratos.

No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveídos supieron guardar el secreto cual convenía, que no se rugese por la corte, que á la sazón estaba en

Toledo; y á muchos que sentían bien de Cortés les parecía mal. Y el comendador Pedro de Pina lo dijo al licenciado Núñez, y fray Pedro Melgarejo lo descubrió también posando en casa de Gonzalo Hurtado, á la Trinidad; así que luego reclamaron de las provisiones, suplicando que aguardasen algunos días á ver qué vendría de Méjico. El duque de Béjar, don Álvaro de Zúñiga, favoreció mucho el partido de Fernando Cortés, porque ya le tenía casado con doña Juana de Zúñiga, su sobrina. Abonóle, fióle y aplacó al Emperador. Llegó á Sevilla, estando en esto. Diego de Loto con setenta mil castellanos, y con el tiro de plata, que, como cosa nueva y rica, hinchó toda España y otros reinos de fama. Este oro fué, para decir verdad, quien hizo que no le quitasen la gobernación, sino que le enviasen un juez de residencia. Llegado, como digo, aquel presente tan rico, y acordado de enviar juez que tomase residencia á Cortés, buscaron una persona de letras y linaje, que supiese hacer el mandado y que le tuviesen respeto, porque soldados son atrevidos; y como estaban en Toledo, tuvieron noticia y crédito del licenciado Luis Ponce de León, teniente y pariente de don Martín de Córdoba, conde de Alcaudete y corregidor de aquella ciudad; el cual, aunque mancebo, tenía muy buena fama, y enviáronle á la Nueva-España con bastantes poderes y confianza. Él, por no errar, y acertarlo todo mejor, llevó consigo al bachiller Marcos de Aguilar, que había estado algunos años en la isla de Santo Domingo, alcalde mayor por el almirante don Diego. Partiósese pues el licenciado Luis Ponce, y con buena navegación que tuvo, llegó á la Villarica poco después que Cortés partiera de Medellín. Simón de Cuenca, teniente de aquella villa, avisó luego á Cortés de cómo eran llegados allí ciertos pesquisidores y jueces del Rey á tomarle residencia; y fué con tan buena diligencia, que llegaron las cartas á Méjico en dos días, por postas que había puestas de hombres. Cortés estaba en San Francisco confesado y comulgado cuando recibió este despa-

cho, y ya había hecho otros alcaldes, y prendido á Gonzalo de Ocampo y á otros bandoleros y valedores del fator, y hacía pesquisa secretamente de todo lo pasado. Dos ó tres días después, que fué San Juan, estando corriendo toros en Méjico, le llegó otro mensajero con cartas del licenciado Luis Ponce, y con una del Emperador, por las cuales supo á qué venía. Despachó luego con respuesta, y para saber por cuál camino quería ir á Méjico, por el poblado ó por el otro, que era más corto. El licenciado no replicó, y quería pasar allí algunos días, que venía muy fatigado de la mar, como hombre que hasta entonces no la había pasado. Mas porque le dieron á entender que Cortés haría justicia del fator Salazar y de Peralmindez y de los otros que presos tenía, si se tardaba, y que no lo recibiría, sino que saldría á le prender en el camino, que para eso quería saber por dónde había de ir, tomó la posta con algunos de los caballeros y frailes que con él iban, y el camino de los pueblos, aunque era más largo, porque no le hiciesen alguna fuerza ó afrenta: tanto pueden las chimerías. Anduvo tan bien, que llegó en cinco días á Iztacpalapán, y que no dió lugar á los criados de Cortés, que habían ido por entrambos caminos, que le tuviesen buen recaudo y aparejo de mesa y posada. En Iztacpalapán se le hizo un banquete con gran fiesta y alegrías. Tras la comida revesó el licenciado y casi todos los que con él iban, cuánto tenía en el cuerpo; y juntamente con el vómito tuvieron cámaras. Pensaron que fuesen hierbas, y así lo decía fray Tomás Ortiz, de la orden de Santo Domingo, afirmando que las hierbas iban en unas natas, y que el licenciado le daba el plato dellas; y Andrés de Tapia, que servía de mestresala, dijera: «Otras traerán para vuestra reverencia»; y respondió el fraile: «Ni de esas ni de otras.» También se tocó esta malicia en las coplas del Provincial, de que ya hice mención, y se acusó en residencia; pero á la verdad ello fué mentira, según después diremos; porque el comendador Proaño, que iba por alguacil mayor, comió

de cuanto comió el licenciado, y en el mismo plato de las natas ó requesones, y ni revesó ni le hizo mal. Creo que como venían calorosos, cansados y hambrientos, que comieron demasiado y bebieron a sazón frío, que les revolvió el estómago y les causó aquellas cámaras y vómito. Daban allí al licenciado Ponce un buen presente de ricas cosas por parte de Cortés; mas él no lo quiso tomar. Salió Cortés á recibirle con Pedro de Albarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz, y con todo el regimiento y caballería de Méjico. Tomóle á la mano derecha hasta San Francisco, donde oyeron misa; que fué la entrada de mañana. Dijole que presentase las provisiones que llevaba, y como respondió que otro día, llevóle á su casa y aposentóle muy bien. Otro día siguiente se juntaron en la iglesia mayor el cabildo y todos los vecinos, y por auto de escribano presentó Luis Ponce las provisiones, tomó las varas á los alcaldes y alguaciles, y luego se las tornó á todos; y dijo con mucha crianza: «Esta del señor Gobernador quiero yo para mí.» Cortés y todos los del cabildo besaron las letras del Emperador, pusieronlas sobre sus cabezas, y dijeron que cumplirían lo en ellas contenido, como mandamiento de su rey y señor, y tomaronlo por testimonio. Luego tras esto se pregonó la residencia de Cortés, para que viniese querellando quien estuviese agraviado y quejoso de él. Entonces viérades el bullir y negociar de todos y de cada uno por sí, unos temiendo, otros esperando, y otros cizañando.

#### La muerte de Luis Ponce

Fué un día el licenciado Ponce á oír misa á San Francisco, y volvió á la posada con una gran calentura, que

realmente fué modorra. Echóse en la cama, estuvo tres días fuera de seso, y siempre le crecía el calor y el sueño. Murió al séptimo; recibió los sacramentos, hizo testamento, y dejó por sustituto al bachiller Marcos de Aguilar. Cortés hizo tan gran llanto como si fuera su padre. Enterróle en San Francisco con mucha pompa, luto y cera. Los que no querían bien á Cortés publicaban que murió de ponzoña. Mas el licenciado Pero López y el doctor Ojeda, que lo curaron, llevaron los términos y cura de la modorra; y así, juraron que había muerto della, y trajeron por consecuencia cómo la tarde antes que muriese hizo que le tañesen una baja; y él así, echado como estaba en la cama, la anduvo con los pies señalando los compases y contrapases, cosa que muchos la vieron; y que luego perdió la habla; y aquella noche espiró antes del alba. Pocos mueren bailando como este letrado. De cien personas que embarcaron con el licenciado Luis Ponce de León, las más murieron en la mar y en el camino, y á muy pocos días que llegaron á la tierra; y de doce frailes dominicos, los dos. Sospecha se tuvo que fuese pestilencia, ca pegaron el mal á otros que allí estaban; del cual murieron. Fueron con él muchos hidalgos y caballeros, y con cargo del Rey, Proaño, que arriba nombré, y el capitán Salazar de la Pedrada por alcaide de Méjico. Pasó fray Tomás Ortiz con doce frailes dominicos por provincial, que había estado en la Boca del Drago siete años; el cual para religioso era escandaloso, porque dijo dos cosas harto malas: la una fué afirmar que Cortés dió hierbas al licenciado Luis Ponce, y la otra decir que Luis Ponce llevaba mandamiento expreso del Emperador para cortar á Cortés la cabeza en tomándole la vara; y desto avisó al mismo Cortés antes de llegar á Méjico con Juan Xuárez, con Francisco de Orduña y con Alonso Valiente; y llegado, se lo dijo en San Francisco en presencia de fray Martín de Valencia y fray Toribio y otros muchos religiosos; pero Cortés fué muy cuerdo en no lo creer. Quería el fraile con esto ganar con el uno gracias y

con el otro blancas. Mas Ponce se murió y Cortés no le dió nada.

#### Cómo Alonso de Estrada desterró de Méjico á Cortés

Muerto que fué Luis Ponce de León, comenzó el bachiller Marcos de Aguilar á gobernar y proceder en la residencia de Cortés; unos holgaban dello, otros no; aquellos por destruir á Cortés, éstos por conservarle, diciendo que no valian nada los poderes, y por consiguiente lo que hiciese, pues que Luis Ponce no los pudo dar; y así, el cabildo de Méjico y los procuradores de las otras villas que allí estaban, apelaron y contradijeron aquella gobernación, y requirieron á Cortés en forma de derecho, ante escribano, que tomase el gobierno y justicia como antes lo tenía, hasta que su majestad otra cosa mandase. Mas él no lo quiso hacer, confiado en su limpieza, y porque el Emperador entendiase de veras sus servicios y lealtad, antes defendía y sostuvo al Marcos de Aguilar en el cargo; y le requirió procediese la residencia contra él. Pero el bachiller, aunque hacía justicia, llevaba las cosas del Gobernador al amor del agua. El cabildo, ya que más no pudo, le dió por acompañado á Gonzalo de Sandoval, porque mirase las cosas de Cortés, que era su muy gran amigo. Mas de Sandoval no quiso serlo, con acuerdo del mismo Cortés. Gobernó Marcos de Aguilar con muchos trabajos y pesadumbre, no sé si fué por sus dolencias, ó malicias de otros, ó por hallarse engolfado en muy alta mar de negocios. Púsose muy flaco, sobrevinole calentura, y como tenía las bubas, mal suyo viejo, murió dos meses después, ó poco más que Luis Ponce de León; y dos antes que no él, murió también un hijo suyo, que llegó malo del camino. Nombró

y substituyó por gobernador y justicia mayor al tesorero Alonso de Estrada; que Albornoz era ido á España, y los otros dos oficiales del Rey presos estaban, y entonces el cabildo y casi todos reprobaron la substitución, que les parecía juego de entre compadres; y diéronle por acompañado á Gonzalo de Sandoval, y que Cortés tuviese cargo de los indios y de las guerras. Duró esto algunos meses. El Emperador, con parecer de su consejo de Indias, y por relación de Rodrigo de Albornoz, que partió de Méjico, muerto Luis Ponce y enfermo Marcos de Aguilar, mandó y proveyó que gobernase quien hubiese nombrado el bachiller Aguilar, hasta que su voluntad otra fuese; y así, gobernando solo Alonso de Estrada, no tuvo aquel respeto que se debía á la persona de Cortés por haber ganado aquella ciudad y conquistado tantas tierras, ni el que él le debía por haberle hecho gobernador al principio; ca pensaba que por ser regidor de Méjico, tesorero del Rey, y tener aquel oficio, aunque de prestado, era su igual y le podía preceder y mandar, administrando justicia derechamente; y así, usaba con él muchos descomedimientos, palabras y cosas que ni al uno ni al otro estaban bien. De manera pues, que hubo entre ellos muchas cosquillas, y se enconaron á que hubiera de ser peor que la pasada. El Alonso de Estrada, conociendo que si se tomaba con Cortés había de poder menos, hizose amigo de Gonzalo de Salazar y de Peralmíndez, dándoles esperanza de soltarlos; y con esto era más parte que primero, aunque con bandos, que no convienen al buen juez, y con fealdad de la persona, que tanto se preciaba, del Rey Católico. Sucedió que ciertos criados de Cortés acuchillaron un capitán sobre palabras. Prendióse uno de ellos, y luego aquel mismo le hizo Estrada cortar la mano derecha, y tornar á la cárcel á purgar las costas, y por hacer aquella befa de Cortés, su amo. Desterró asimismo á Cortés porque no le quitase el preso; cosa escandalosa, y que estuvo Méjico para ensangrentarse aquel día, y aun perderse. Mas Cortés lo reme-

dió todo con salir de la ciudad á cumplir su destierro; y si tuviera ánimo de tirano, como le achacaban, ¿qué mejor ocasión ni tiempo quería para serlo que entonces, pues casi todos los españoles y todos los indios tomaban armas en su favor y defensa? Y no digo aquella vez, mas otras muchas pudiera alzarse con la tierra; empero ni quiso, ni creo que lo pensó, según por obra lo mostró; y cierto se puede preciar de muy leal á su rey; que si no lo fuera, castigáranlo. Puesto caso que sus muchos y grandes émulos le acusaban siempre de desleal, y por otras más infames palabras, de tirano y de traidor, para indignar al Emperador contra él; y pensaban ser creídos, con tener favor en corte y aun en consejo, según en otros lugares he dicho, y con que cada día perdian muchos españoles de Indias la vergüenza á su rey. Empero Fernando Cortés siempre traía en la boca estos dos refranes viejos: «El Rey sea mi gallo», y «Por tu ley y por tu rey morirás.» El mismo día que cortaron la mano al español, llegó á Tezcucuo fray Julián Garcés, de la orden dominica, que iba hecho obispo de Tlaxcallán, cuya diócesis se dijo Carolense, por honra del Emperador Carlos, nuestro señor el Rey. Supo el fuego que se encendía entre españoles, metióse en una canoa con su compañero fray Diego de Loaisa, y en cuatro horas llegó á Méjico; donde le salieron á recibir todos los clérigos y frailes de la ciudad, con muchas cruces, ca era el primer obispo que allí entraba.

Entrevino luego entre Cortés y Estrada, y con su autoridad y prudencia los hizo amigos, y así cesaron los bandos. Poco después vinieron cédulas del Emperador para que soltasen al fator Salazar y al veedor Peralmíndez, y les volviesen sus oficios y hacienda; de que no poco se afligió Cortés, que quisiera alguna enmienda de la muerte de su primo Rodrigo de Paz, y que le restituyeran lo que le habian tomado de su casa. Pero quien á su enemigo popa, á sus manos muere, y no miró que perro muerto no muere. Él pudiera, antes que llegara el licenciado Luis

Ponce de León, degollarlos, como algunos se lo aconsejaron; que en su mano fué; mas dejólo por evitar el decir, por no ser juez en su propio caso, por ser hombre de ánimo, por estar clarísima la culpa que aquellos tenían de haber muerto á sin razón á Rodrigo de Paz; confiado que cualquiera juez ó gobernador que viniese los castigaria de muerte, por la guerra civil que movieron é injusticias que hicieron, y aun porque tenían, como dicen, el alcalde por suegro; que eran criados del secretario Cobos, y no lo quería enojar porque no le dañase en otros sus negocios que le importaban mucho más.

#### Cómo envió Cortés naos á buscar la Especiería

Mandaba el Emperador á Cortés por la carta hecha en Granada á 20 de junio de 1526, que enviase los navios que tenía en Zacatula á buscar la nao Trinidad y á frey Garcia de Loaisa, comendador de San Juan, que era ido al Maluco y á Gaboxo, y á descubrir camino para ir á las islas de la Especiería desde la Nueva-España por el mar del Sur, según él se lo había prometido por sus cartas, diciendo que enviaria ó iría, si su majestad fuese servido, con tal armada que compitiese con cualquiera potencia de príncipe, aunque fuese del rey de Portugal, que en aquellas islas hubiese, y que las ganaría, no sólo para rescatar en ellas las especias y otras mercaderías ricas que tienen, mas aun para cogerlas y traerlas por propias suyas; y que haria fortalezas y pueblos de cristianos que sojuzgasen todas aquellas islas y tierras que caen en su real conquista, conforme á la demarcación, como eran Gilolo, Borney, entrambas Javas, Zamotra, Malaca y toda la costa de la China; con tanto, que le concediese ciertos capítulos y

mercedes. Así que, habiendo Cortés ofrecidose á esto, y queriéndolo el Emperador, y no teniendo otra guerra ni cosa en que entender, determina enviar tres navios á las Molucas, y hacer camino allá una vez para cumplir después su palabra, y también porque aportó á Cuatlán Hortunio de Alango, de Portugaleta, con un patache que fué con la armada del dicho Loaisa, estando malo Marcos de Aguilár, por sobra de muchos vientos, ó por falta de no saber la navegación del Tidore. Echó pues al agua tres navios. En la nao capitana, dicha Florida, metió cincuenta españoles; en otra, que nombraron Santiago, cuarenta y cinco, con el capitán Luis de Cárdenas, de Córdoba; y en un bergantín, quince, con el capitán Pedro de Fuentes, de Jerez de la Frontera. Armólas de treinta tiros. Basteciólas de provisión en abundancia, como para tan largo y no sabido viaje se requería, y de muchas cosas de rescate. Hizo capitán de ellas á Álvaro de Saavedra Cerón, su pariente, el cual se partió del puerto de Cuatlanejo, día ó víspera de Todos Santos del año de 1527. Anduvo dos mil leguas, según la cuenta de los pilotos, aunque por derecha navegación hay mil y quinientas. Llegó con sola su nao capitana; que las otras el viento las desparció de la conserva, á unas muchas islas, que por ser tal día cuando llegaron, les dijeron de los Reyes; las cuales están poco más ó menos en once grados á este cabo de la Equinoccial. Son los hombres crecidos de cuerpo, cariluengos, morenos, muy bien barbados. Traen cabellos largos, usan cañas por lanzas, hacen esteras muy primas de palma, que de lejos parecen oro, cobijan sus vergüenzas con bragas de aquello, en lo al desnudos andan; tienen navios grandes. De aquellas islas de los Reyes fué á Mindanao y Bizaya, otras islas que están ocho grados, y que son ricas de oro, puercos, gallinas y pan de arroz. Las mujeres hermosas, ellos blancos. Andan todos en cabello largo. Tienen alfanjes de hierro, tiros de pólvora, flechas muy largas y cerbatanas, en que tiran con hierba; coseletes de algodón,

corazas de escamas de peces. Son guerreros, confirman la paz con beber sangre del nuevo amigo, y aun sacrifican hombres á su dios Anito. Traen los reyes coronas en la cabeza, como acá; y el que entonces allí reinaba se decía Catonao; el cual mató á don Jorge Manrique y á su hermano don Diego y á otros. De allí se huyó á la nave de Álvaro de Saavedra, Sebastián del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que fuera con Loaisa. Sirvió de faraute, y dijo cómo su amo le llevó á Cebú, donde supo cómo llevaran de allí ocho castellanos de Magallanes á vender á la China, y que aún había otros. En fin, contó todo aquel viaje. También rescató Saavedra otros dos españoles del mismo Loaisa, en otra isla que llaman Candiga, por setenta castellanos en oro; en la cual hizo paces con el señor, bebiendo y dando á beber sangre del brazo, que tal es la costumbre de por allí, cual entre scitas. Pasó por Terrenate, donde portugueses tenían una fortaleza, y llegó á Gilolo, do estaba Fernando de la Torre, natural de Burgos, por capitán de ciento y veinte españoles de Loaisa, y alcaide de un castillo. Allí aderezó Álvaro de Saavedra su nao, tomó vituallas y todo matalotaje, que le faltaba, y veinte quintales de clavo de lo del Emperador, que le dió Fernando de la Torre. Y partióse á 3 de junio de 1528. Anduvo mucho tiempo de acá para allá. Tocó en las islas de los Ladrones, y en unas con gente negra y crespa, y otras con gente blanca, barbada y los brazos pintados, en tan poca distancia de lugar, que se mucho maravilló. Fuéle forzado volver á Tidore, donde estuvo muchos días. Partióse de allí para la Nueva-España á 8 días de mayo 1529, y murió navegando, 19 de octubre de aquel mismo año. Por cuya muerte, y por falta de hombres y aires, se tornó la nave á Tidore con solas diez y ocho personas, de cincuenta que sacó de Cuatlanejo; y porque ya Fernando de la Torre había perdido su castillo, se fueron aquellos diez y ocho españoles á Malaca, donde los prendió don Jorge de Castro, y los tuvo presos dos años, y allí

se murieron los diez; que así tratan portugueses á los castellanos. De manera que no quedaron más de ocho. En esto paró la armada de Fernando Cortés que envió á la Especiería.

#### Cómo vino Cortés á España

Como Alonso de Estrada gobernaba por la sustitución de Marcos de Aguilar, según el Emperador mandó, parecióle á Cortés que no habría orden de tornar él al cargo, pues su majestad aquello proveyó, si no iba él á negociarlo, y estaba muy afligido; y aunque pensaba estar sin culpa, no se le cocía el pan, porque tenía muchos adversarios en España, y de malas lenguas y poco favor, que en ausencia era como nada. Así que acuerda de venir á Castilla á muchas cosas muy importantes á sí principalmente, y al Emperador y á la Nueva-España. Ellas eran muchas, y diré de algunas. Á casarse por haber hijos y mucha edad; á parecer delante el Rey su cara descubierta, y á darle cuenta y razón de la mucha tierra y gente que había conquistado y en parte convertido, é informarle á boca de la guerra y disensiones entre españoles de Méjico, temiéndose que no le habrían dicho verdad; á que le hiciese mercedes conforme á sus servicios y méritos, y le diese algún título para que no se le igualasen todos; á dar ciertos capítulos al Rey, que tenía pensados y escritos sobre la buena gobernación de aquella tierra, que eran muchos y provechosos. Estando en este pensamiento le fué una carta de fray García de Loaisa, confesor del Emperador y presidente de Indias, que después fué cardenal, en la cual le convidaba por muchos ruegos y consejos á venir á España á que le viese y conociese su majestad, prometiéndole

dole su amistad é intercesión. Con esta carta apresuró la partida, y dejó de enviar á poblar el río de las Palmas, que está más allá de Pánuco, aunque tenía enhilado ya el camino, y despachó primero doscientos españoles y sesenta de caballo con muchos mejicanos á tierra de los chichimecas, para si era buena, como le decían, y rica de minas de plata, poblasen en ella; y si no los recibían de paz, hiciesen guerra y cautivasen para esclavos; que son gente bárbara. Escribió á la Veracruz que le aprestasen dos buenas naos, y envió delante á ello á Pero Ruiz de Esquivel, un hidalgo de Sevilla; mas no llegó allá, que al cabo de un mes le hallaron enterrado en una isleja de la laguna, con una mano de fuera de tierra, comida de perros ó aves; estaba en calzas y jubón, tenía una sola cuchillada en la frente; nunca pareció un negro que llevaba, ni dos barras de oro, ni la barca, ni los indios, ni se supo quién le mató ni por qué. Hizo Cortés inventario de su hacienda mueble, que la valuaron en doscientos mil pesos de oro; dejó por gobernadores de su estado y mayordomos al licenciado Juan Altamirano, pariente suyo, á Diego Docampo, y á un Santa Cruz. Basteció muy bien dos navíos, dió pasaje y matalotaje franco á cuantos entonces pasaron; embarcó mil y quinientos marcos de plata, y veinte mil pesos de buen oro, y otros diez mil de oro sin ley, y muchas joyas riquísimas. Trajo consigo á Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, y otros conquistadores de los más principales y honrados. Trajo un hijo de Motezuma, y otro de Maxixca, ya cristiano, y don Lorencio por nombre, y muchos caballeros y señores de Méjico, Tlaxcallán y otras ciudades. Trajo ocho volteadores del palo, doce jugadores de pelota, y ciertos indios é indias muy blancos, y otros enanos, y otros contrahechos. Y sin todo esto, traía para ver, tigres, alcatraces, un aiotochtli, otro tlacuaci, animal que ensena ó embolsa sus hijos para comer; cuya cola, según las indias, ayuda mucho á parir las mujeres, y para dar, gran suma de mantas de pluma y

pelo, ventalles, rodela, plumajes, espejos de piedra, y cosas así. Llegó á España en fin del año de 1528, estando la corte en Toledo. Hinchó todo el reino de su nombre y llegada, y todos le querían ver.

#### Las mercedes que hizo el Emperador á Fernando Cortés

Hizo el Emperador muy buen acogimiento á Fernando Cortés, y aun le fué á visitar á su posada, por más le honrar, estando enfermo y desahuciado de los médicos. Él dijo á su majestad cuanto traía pensado, y le dió los memoriales que tenía escritos, y le acompañó hasta Zaragoza, que se iba á embarcar para Italia por coronarse. El Emperador, conociendo sus servicios y valor de persona, le hizo marqués del valle de Huaxacac, como se lo pidió, á 6 de julio de 1528 años, y capitán general de la Nueva-España, de las provincias y costa de la mar del Sur, y descubridor y poblador de aquella misma costa é islas, con la docena parte de lo que conquistase, en juro de heredad para sí y para sus descendientes: dábale el hábito de Santiago, y no lo quiso sin encomienda. Pidió la gobernación de Méjico, y no se la dió, porque no piense ningún conquistador que se le debe; que así lo hizo el rey don Fernando con Cristóbal Colón, que descubrió las Indias, y con Gonzalo Hernández de Córdoba, Gran Capitán, que conquistó á Nápoles. Mucho merecía Cortés, que tanta tierra ganó, y mucho le dió el Emperador por le honrar y engrandecer, como gratisimo príncipe, y que nunca quita lo que una vez da. Dábale todo el reino de Michuacán, que fué de Cazoncín, y él quiso más á Cuahunauac, Huaxacac, Tecoantepec, Coyoacán, Matalcínco, Atlacupaia, Toluca, Huaxtepec, Utlatepec, Etlán, Xalapán, Teuquilaiacoán,

Calimaia, Autepec, Tepuztlán, Cuitlapán, Accapiztlán, Cuetlaxca, Tuztla, Tepecán, Atloixtán, Izcalpán, con todas sus aldeas, términos, vecinos, jurisdicción civil y criminal, pechos, tributos y derechos. Todos estos son grandes pueblos y tierra gruesa. Otros favores y mercedes le hizo también; mas las nombradas fueron las mayores y mejores.

#### De cómo se casó Cortés

Murió doña Catalina Xuárez sin hijos; y como en Castilla se supo, trataron muchos de casar á Cortés, que tenía mucha fama y hacienda. Don Álvaro de Zúñiga, duque de Béjar, trató con mucho calor de casarle; y así, le casó con doña Juana de Zúñiga, sobrina suya é hija del conde de Aguilar, don Carlos Arellano, por los poderes que tuvo Martín Cortés. Era doña Juana hermosa mujer, y el conde don Alonso y sus hermanos muy valerosos y favorecidos del Emperador; por lo cual, que colmaba la nobleza y antigüedad de aquel linaje, se tuvo por bien casado y emparentado. Traía Cortés cinco esmeraldas, entre otras que hubo de los indios, finísimas, y que las apodaron en cien mil ducados. La una era labrada como rosa, la otra como corneta, y otra un pece con los ojos de oro, obra de indios maravillosa; otra era como campanilla, con una rica perla por badajo, y guarnecida de oro, con «Bendito quien te crió» por letra; la otra era una tacica con el pie de oro, y con cuatro cadenicicas para tenerla, asidas en una perla larga por botón; tenía el bebedero de oro, y por letrado, *Inter natos mulierum non surrexit major*. Por esta sola pieza, que era la mejor, le daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Tur-



co; pero no las diera él entonces por ningún precio; aunque después las perdió en Argel cuando fué allá el Emperador, según lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la Emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pediría y pagaría el Emperador; por lo cual las envió á su esposa con otras muchas cosas, antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas á su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casóse pues con doña Juana de Zúñiga, y volvióse á Méjico con ella y con título de marqués.

#### De cómo puso el Emperador audiencia en Méjico

Estaba en España Pánfilo de Narváez, negociaba la conquista del río de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y á vueltas no hacía otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mismo Emperador dió un memorial que contenía muchos capítulos, y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenía tantas barras de oro y plata como Vizcaya de hierro, y ofrecióse á probarlo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistía en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con hierbas al licenciado Luis Ponce de León, como había hecho á Francisco de Garay; y por sus muchas peticiones se trataba de enviar á Méjico á don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del Rey, y después fué general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le degollase. Pero como llegaron á la sazón cartas de Cortés, hechas en Méjico á 3 de setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pero López, médicos, que curaron á Luis Ponce, no se

efectuó; y cuando Cortés vino á Castilla, se reía mucho con don Pedro de la Cueva sobre esto, diciendo: «Á luengas vías luengas mentiras.» El Emperador y todo su consejo de Indias hizo chancillería en Méjico, adonde corriessen con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia á Cortés, que se quería satisfacer de sus servicios y culpas, y también para visitar los oficiales y tesorería real. Mandó á Nuño de Guzmán, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzmán fué á Méjico luego el año de 29. Comenzó luego á entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo; que los otros murieron. É hizo una terrible residencia y condenación contra Cortés; y como estaba ausente, metiale la lanza hasta el regatón. Hicieron almoneda de todos sus bienes á menos precio, llamáronle por pregones, encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba á barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente. Pero aquellos creo que le fatigaran, porque persiguieron tanto á sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron á Pedro de Albarado, recién llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelión de Méjico cuando vino Narváez. Prendió también á Alonso de Estrada y á otros muchos, haciéndoles manifiestos agravios. En breve tiempo tuvo el Emperador más quejas de Nuño de Guzmán y sus oidores que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no sólo se probó su injusticia y pasión en Méjico, mas aun en la corte, y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Núñez con personas que de allá entonces vinieron. Y después pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés al Nuño de Guzmán y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia á que le pagasen lo que le mal